

HACIA EL PASADO PARA LLEGAR AL FUTURO: EL CAMINO DE *IDA*, DE RICARDO PIGLIA

Greg Dawes*

Resumen: Este artículo analiza la novela *El camino de Ida*, de Ricardo Piglia, y su exploración del tema de la violencia anticapitalista, tanto en la Argentina como en los Estados Unidos. Se sostiene que el escritor argentino busca recuperar las opciones políticas del siglo XX, y muy en particular de los años 60 y 70 en ambos países, para insertar su obra en los debates sobre el pasado y el futuro. Gracias a su estadía en Estados Unidos, Emilio Renzi puede tomar contacto con gente de la izquierda y de la tradición anarquista, cosa que le permite hacer memoria —no sin críticas— de los grupos guerrilleros en la Argentina, en los años 60 y 70 desde un punto de vista nostálgico.

Palabras Clave: Argentina; Estados Unidos; Grupos Guerrilleros; Dictadura Militar; Onganía; Guerra Sucia; Ted Kaczynski; Unabomber.

Abstract: *This article analyzes the novel El camino de Ida, by Ricardo Piglia and its exploration of the theme of anti-capitalist violence, in Argentina as well as the United States. I argue that this Argentine writer looks to recuperate the political options available in both countries in the 60s and 70s in order to insert this work into the debates about the past and future. Thanks to his time in the United States Emilio Renzi is able to come into contact with people on the left and the anarchist tradition. That enables him to recall —and not uncritically— the guerrilla groups that were active in Argentina in the 60s and 70s from a nostalgic point of view.*

Keywords: *Argentina; United States; Guerrilla Groups; Military Dictatorship; Onganía; the Dirty War; Ted Kaczynski; Unabomber.*

* Ph. D. por la Universidad de Washington. Profesor titular de Literatura Latinoamericana en la Universidad Estatal de Carolina del Norte y director de la revista *A Contracorriente*. Correo electrónico: gadfll@unity.ncsu.edu *Gramma*, XXVIII, 59 (2017), pp. 133-144.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía, Letras y Estudios Orientales. Área de Letras del Instituto de Investigación de Filosofía, Letras y Estudios Orientales. ISSN 1850-0161.

Publicada en 2013, *El camino de Ida*, de Ricardo Piglia, tiene como referente histórico los años 60 y 70 en la Argentina, por un lado, y los 70, 80 y 90 en Estados Unidos, por el otro, experiencias que se unen en torno al tema de la violencia. La historia tiene lugar en Estados Unidos y gira en torno a una amante de Emilio Renzi, quien, se descubre, se hizo amiga de Thomas Munk (Ted Kaczynski, el llamado “Unabomber”) en Berkeley. La trama, entonces, destaca la violencia generalizada en ese país y la violencia desatada por el mismo Munk. Sin embargo, Renzi también hace memoria de episodios sobre la guerrilla y las dictaduras en los años 60 y 70 a medida que se interesa en el caso de la muerte de Ida y el extraño ejemplo de Munk/Kaczynski. En ambos casos se trata de una violencia “revolucionaria” y anticapitalista que busca cambiar el estado de cosas, tanto en la Argentina como en los Estados Unidos, en el marco de los años 60 y 70. Sin embargo, esta novela se aboca a otras opciones políticas también: el pacifismo tolstoiano y el reformismo peronista. *El camino de Ida* proporciona una meditación sobre la violencia como manera de cambiar la sociedad, y va más allá de la indagación sobre la violencia en *Plata quemada* (1997). ¿Hasta qué grado se justifica? ¿Se justifica en el caso del ERP y de los Montoneros? ¿Qué se quería lograr con la violencia? ¿Qué errores se cometieron? ¿Por qué la violencia revolucionaria? Son estas y otras preguntas que emergen de la lectura de la novela de Piglia. En un principio no pareciera tratarse, por lo tanto, de una condena de la violencia de la guerrilla argentina ni de una defensa de esos medios, sino de un intento por examinar las alternativas políticas y económicas que se presentaron en esa época. “Ahí está el problema de la ceguera de la izquierda”, comenta Piglia en una entrevista, “y las cuestiones que tenemos que asumir y discutir. La represión ha terminado por ser un punto de partida para liquidar cualquier reflexión sobre las grandes tradiciones. Es un tema que no debemos eludir” (Frieria, 2013). Esta novela, entonces, hace posible que Piglia aporte ideas sobre el cambio social y las vías de lucha de la izquierda, y que se inserte en los debates entre historiadores, sociólogos y politólogos argentinos sobre estos temas. Lo hace, no obstante, desde un punto de vista nostálgico, queriendo recuperar ese pasado anticapitalista y prosocialista en esta época de globalización, como se aprecia también en otras novelas argentinas contemporáneas¹.

Las reflexiones sobre las “grandes tradiciones” se inician en la novela cuando Emilio Renzi llega a una universidad privada a dictar un curso sobre el autor, ornitólogo y naturalista W. H. Hudson, hijo de norteamericanos que nació en la Argentina y pasó veintiocho años de su vida en la Patagonia. De esa manera, la historia se hace eco de experiencias autobiográficas que le sirven de impulso para entonces explorar la cultura estadounidense y la presencia de la violencia en ella (M. Kohan, 2013). Ida, junto

1. En ese sentido, se parece a la trílogía novelística de Alan Pauls—*Historia del llanto*, *Historia del pelo*, e *Historia del dinero*—y a *Museo de la Revolución*, de Martín Kohan.

con Munk más adelante, llega a ser emblemática de esa contracultura afincada en los valores de los años 60 y 70 y objeto de las pasiones de Renzi. Por medio de Ida, Piglia aborda una de las posturas políticas más significativas en la novela. Como académica y colega de Renzi, ella dedica su investigación a “los que se oponían al capitalismo desde una posición arcaica y preindustrial” (Piglia, 2013, p. 20). “Cuando hacía su doctorado en Berkeley”, nos enteramos, “había compartido su cuarto con una militante negra de la periferia de los Black Panthers, una bella muchacha de Alabama que había adherido en poco tiempo...” (Piglia, 2013, p. 20). Era “sexual, feminista, maoísta, racial, se psicoanalizaba, defendía la negritud, tomaba pastillas anticonceptivas, hacía su tesis sobre Joe Brown [John Brown], el revolucionario antiesclavista del siglo XIX, salía con el poeta Leroi Jones y quería hacerse musulmana” (Piglia, 2013, p. 58). A esta muchacha la “mataron en una manifestación contra la Guerra de Vietnam...” (Piglia, 2013, p. 58). Así, el tema de su investigación, su estadía en Berkeley en los años 60, más la presencia de su compañera de cuarto, hacen de Ida una mujer prototípica de la nueva izquierda estadounidense que se interesa en ideas anticapitalistas (y anarquistas) y cree en la libertad sexual aún en la época en que Renzi la conoce (los años 90).

Después de muerta en un accidente automovilístico o asesinada —nunca se revela a ciencia cierta cuál fue su destino, aunque se infiere que Munk pudo haberla asesinado—, Renzi descubre los vínculos de Ida con el anarquismo gracias a los apuntes de esta en *El agente secreto*, de Conrad. De esa manera, descubre la confluencia entre las ideas de Ida y Munk: “Guiada por Ida, la novela de Conrad revelaba una intriga a la vez evidente y subterránea. Un anarquista en Londres decide dinamitar el uso horario de Greenwich para llamar la atención de los poderosos y despertar a los sumergidos y explotados” (Piglia, 2013, p. 227). “El atentado fracasa pero la novela se desvía hacia el personaje central (que sin embargo es secundario en el libro) el Profesor” (Piglia, 2013, p. 227), narra Renzi. Era “un revolucionario profesional que había abandonado una deslumbrante carrera académica para unirse a un grupo anarquista y dirigirlo en sus acciones” (Piglia, 2013, p. 227). Ida sospecha que Munk leyó la novela como una especie de plano anarquista, razona Renzi, para llevar a cabo su “acción directa” para destruir el sistema (Piglia, 2013, p. 229). A partir de ahí, Renzi sospecha y luego comprueba que conocía a Munk (Piglia, 2013, pp. 235 y 245). Se deduce entonces que Ida comparte muchas de las ideas del anarquismo y antisistémicas de Munk, pero no está dispuesta a llegar tan lejos como él.

Como decíamos, Piglia intercala estas escenas que tienen lugar en los Estados Unidos con otras parecidas que se dan en la Argentina. Ambas sociedades revelan una dicotomía entre la democracia y sus libertades, por una parte, y la violencia que amenaza con llevar la sociedad a sus límites. “Para mí eso está ligado a la revolución”, sostiene Piglia, “y por eso yo veía esta novela ligada a la revolución. Para mí está ligada al mun-

do de la clandestinidad y al mundo de la violencia política en la Argentina. Yo veía cuestiones [en Estados Unidos] que acá [en la Argentina] habíamos vivido en esos años de manera diversa” (Kohan, M., 2013). Así las cosas, la experiencia de Ida se parece a la de gente que militaba en los partidos de la izquierda, pero que participaba poco en las actividades armadas o políticas, como lo explica Renzi:

Conocía muchos casos parecidos en la Argentina. Un contacto, reuniones, triviales tareas de apoyo. La periferia de la organización, los que militaban en la superficie. Prestar casa, formar garantías de alquiler o dar la dirección para recibir correspondencia. Pequeñas acciones, retirar armas de una casa sitiada por la policía. Julia, mi primera mujer, había hecho eso cuando la policía asesinó a Emilio Jáuregui² en una manifestación en Buenos Aires. Entrar en la casa como si fuera amiga de la familia y salir con una granada en la carterita de cuero. Le pidieron que llevara un paquete al correo, tal vez. O quizá iba alguien con ella en el coche (Piglia, 2013, p. 134).

Cómplice de los actos violentos sin ser en ningún momento protagonista de ellos: ese sería el rol de Ida, como el de cientos de argentinos en la época de la dictadura de Onganía y después.

Munk, en cambio, lleva a cabo, *mutatis mutandis*, el proyecto ideado en la novela de Conrad y, como tal, si bien hay una vinculación entre sus posturas ideológicas y las de Ida, señala otro planteamiento político y social. Es en el caso de Munk que Piglia explora a fondo varias facetas de esta ideología anticapitalista y el recurso a la violencia. Y en este caso también Piglia recurre a la historia como referente para tratar de entender cómo Munk (Kaczynski) pasó de ser un académico y matemático sumamente destacado, que se doctoró en Michigan y ocupó un puesto de profesor de planta en Berkeley, a un individuo que se entregó cuerpo y alma a la causa anticapitalista y a la violencia solitaria (al terrorismo) (Piglia, 2013, p. 184). El narrador/protagonista sostiene que, si bien es cierto que su rebelión era “malvada” y “demoniaca”, era también “un gran acontecimiento en la lucha contra la injusticia y la manipulación” (Piglia, 2013, p. 261). Pese a eso, fue una serie de actos relativamente lúcidos, racionales, lo que llevó a Munk a renunciar a su puesto en Berkeley en 1971, aislarse en una cabaña

2. Explica Francisco Tur, en “Jáuregui treinta años después”: “Estos treinta años pasaron demasiado rápido, desde aquel 27 de junio de 1969, en el que Emilio decidió encabezar la manifestación de repudio a la visita que Nelson Rockefeller, gobernador del estado de Nueva York, realizaba a Buenos Aires como enviado de Richard Nixon en una gira latinoamericana. La marcha fue apoyada por todos los partidos políticos; el radicalismo, el peronismo, los partidos de izquierda. La concentración mayor tuvo lugar en plaza Once y, desde allí, Emilio, junto a un grupo, decidió bajar a la avenida 9 de Julio. La policía reprimía y los manifestantes corrían; un patrullero persiguió a Emilio y le cruzaron el auto en Tucumán y Anchorena, abrieron fuego y lo mataron”. Emilio Jáuregui, entonces, es una figura real.

perdida en los bosques de Montana, y al final empezar a matar académicos. Paradójicamente, en una sociedad en que el individualismo y la despolitización reinan como ideología dominante, Munk optó por el accionar individual para tratar de destruir el sistema (Piglia, 2013, p. 213). Esto concuerda con las conclusiones de Alston Chase, autor de un libro sobre Kaczynski. “Llegué a descubrir”, escribe, “que Kaczynski no es ni el huraño como se le ha retratado ni un enfermo mental en el sentido clínico de la palabra. Es un intelectual y un asesino condenado...” (Chase, 2000, p. 42)³. Renzi llega a una determinación similar después de leer y sopesar las ideas plasmadas en el *Manifiesto sobre el capitalismo tecnológico [La sociedad industrial y su porvenir en la vida real]*. “En el centro de la disertación”, comienza el narrador/protagonista, “estaba la crítica al capitalismo, considerado un sistema complejo, con gran capacidad de expansión y renovación técnica” (Piglia, 2013, pp. 158-59). “La producción capitalista es ante todo”, resume Renzi, “expansión de nuevas relaciones sociales capitalistas. Por lo tanto, es imposible que este sistema mejore o se reforme ya que solo busca reproducir la relación capitalista renovada y a escala ampliada” (Piglia, 2013, p. 159). Aparte de esto, el manifiesto de Munk analizaba “el fracaso de la URSS y sus satélites y la dominación del capital en China y en los viejos territorios coloniales en Oriente como una nueva etapa del avance del capitalismo en busca de espacios vacíos” (Piglia, 2013, p. 159). De ese modo, argüía Munk (apodado “Recycler”), el capital “ha logrado —como Dios— imponer la creencia en su omnipotencia y su eternidad; somos capaces de aceptar el fin del mundo pero nadie parece capaz de concebir el fin del capitalismo” (Piglia, 2013, p. 160). “El manifiesto”, observa Chase —en el caso real— “no es ni la obra de un genio ni de un maniático. Salvo su llamado a la coacción, las ideas que expresa son perfectamente comunes y no muy originales, compartidas por muchos norteamericanos. Su pesimismo sobre el rumbo a la civilización y su rechazo del mundo moderno lo comparten en particular los más educados en el país” (Chase, 2000, p. 47). En el mundo de la ficción, Renzi dice que el “*Manifiesto* practicaba la crítica de la crítica crítica y no parecía dispuesto a imaginar una alternativa social. En eso era tolstoiano” (Piglia, 2013, p. 162). Sin embargo, “la diferencia era el uso de la acción directa. Justificaba la voluntad de rebelarse en el espíritu del derecho a la desobediencia civil de Thoreau (a quien citaba). Pero el salto al mal, la decisión de matar (¿o el derecho a matar?), estaba ligado a la voluntad personal de hacerse oír. En el límite el terror garantizaba el acceso a la palabra” (Piglia, 2013, p. 162). De ese modo, se establece así una tensión entre el lado pacifista de Munk (Tolstoi, Thoreau) y el lado anarquista.

Podemos retomar las ideas de Hannah Arendt con respecto de la violencia en este contexto. Como bien se sabe, la pensadora alemana argumenta en un momento dado

3. Todas las traducciones del inglés son mías.

de su libro que ningún régimen puede sostenerse únicamente por medio de la agresión: necesita recurrir al poder y buscar el apoyo y consenso de ciertas franjas de la población para legitimarse. El poder emplea la coacción en coyunturas en que el Gobierno se muestra volátil y teme perder su legitimidad. “La violencia”, afirma Arendt, “es el último recurso del poder” (Arendt, 1970, p. 51). En el ejemplo concreto de Munk/Kaczynski, se podría sostener que asume el rol de agente de la violencia porque no percibe otra salida e impulsivamente da ese “salto al mal” al que se refiere el narrador/protagonista. Ya lo decía Renzi: el manifiesto no da cabida para la mejora o reforma del sistema. Munk se siente impelido a hacer algo, a matar para hacer su toque de rebato. En el mejor de los casos, especula Renzi, Munk cree que su mensaje va a llegar a las masas y así “justificar” los asesinatos al azar (Piglia, 2013, p. 285).

Aquí se puede volver al vocabulario moral que emplea Piglia cuando se refiere a la conducta de Munk a lo largo de la novela. Decíamos más arriba que Renzi considera que la rebelión del Recycler es “malvada” y “demoníaca” y que optó por dar un “salto al mal”. “Hay que estar muy desesperado y a la vez sentir un odio frío y lúcido, para salir a matar”, comenta Renzi hacia el final de la novela (Piglia, 2013, p. 285). También hay que sentir una indiferencia muy problemática (alienante) desde el punto de vista psicológico para matar.

Respecto de esta dimensión de la violencia y del mal, es tentador asociar la personalidad de Munk con el mal, que, según Terry Eagleton, “conlleva una separación entre el cuerpo y el espíritu—entre una voluntad abstracta de dominar y destruir, y la carne sin sentido que esta voluntad encarna” (Eagleton, 2011, p. 21). Aferrado a la visión abstracta que tiene Munk/Kaczynski de destruir el sistema con el fin nihilista de dar paso a otro mundo (no definido), sigue el patrón del mal que delinea Eagleton: “Para el mal, en cambio, las cosas limitadas son obstáculos ante el carácter infinito de la voluntad o deseo, y, por lo tanto, debe ser aniquilado” (Eagleton, 2011, p. 47). Solo al destruir cobra valor su identidad, su vida, y solo por medio de ese enojo y odio que señalaran así Renzi como Eagleton. Chase señala que fue en Harvard —dónde Kaczynski hizo los estudios de pregrado— que Kaczynski halló las ideas sobre los males de la sociedad que le proporcionarían la justificación para un enfoque en el enojo que había sentido desde la escuela media. Fue en Harvard, agrega Chase, “que empezó a formular las ideas que serían su ideología antitecnológica de la revolución. Fue en Harvard que Kaczynski empezó a fantasear con vengarse, empezó a soñar con escaparse y vivir en la naturaleza” (Chase, 2000, p. 43). No deja de ser paradójico, entonces, que Munk, en su conversación con Renzi, impute el mal a aquellos que había asesinado y que considere que él (Munk) podría haber sido uno de estas víctimas. “Olvidaban —o no querían ver— las consecuencias de sus actos. El mal es eso: no hacerse cargo de las consecuencias de los actos” (Piglia, 2013, p. 280). Es irónico, porque justo después asevera: “Nunca hay que

explicar lo que uno hace y nunca hay que justificarse” (Piglia, 2013, p. 281). Por ello, es difícil no sacar la conclusión de que Munk llegó a encarnar o asumir, a su modo, el mal. Según la lógica de la conversación con Renzi, sus actos bárbaros eran necesarios en pro de una causa ideal de destruir la sociedad; era un sacrificio obligatorio con ese fin.

La conversación de Renzi con Munk en la cárcel, aparte de otros pasajes en la novela, hace que Renzi/Piglia se acuerde de acontecimientos parecidos —la mayoría reales— vinculados con la guerrilla en la Argentina, los cuales muestran la mirada variopinta sobre la violencia. En el contexto de la conversación con Munk, por ejemplo, Renzi comenta:

Ya conocía ese lenguaje; un ejército invisible, una guerra secreta. Héroes anónimos. Había estado todo el tiempo pensando en un joven trotskista, my querido, el Vasco Begochea, brillante, dinámico, que había muerto al mover una bomba —un ‘caño’, como se dice en la Argentina— que estalló inesperadamente y lo mató en su departamento en la Calle Gaseón, en Buenos Aires (Piglia, 2013, p. 283).

Se trata de una persona real, militante de las FARN (Fuerzas Armadas de la Revolución Nacional), que murió tal cual se narra, junto a cuatro compañeros. Años después, en 1962, por los golpes de Estado y desconociendo el triunfo del peronista Framini, el Vasco Begochea, como muchos argentinos, perdió la fe en el camino electoral. Acto seguido, fue a Cuba y se convenció de que había que crear un foco guerrillero y llevar a cabo una revolución. Y en 1964 muere cuando estalla la bomba en su departamento, en Buenos Aires (“Perfil de un revolucionario...”, 1973). Se aprecian las coincidencias entre Munk/Kaczynski y Begochea: la inteligencia, la carrera prometedor, el abandono de la carrera para seguir un ideal colectivo, la impaciencia, la certidumbre sobre la causa, y la convicción de que había que recurrir a las armas.

Por un lado, Begochea, como tantos otros de su generación, fue un trotskista que abandonó el trotskismo y quiso hacer la revolución después de la Revolución cubana, y esto antes del golpe de Estado de Onganía en 1966. No es difícil seguir el camino trazado por Hugo Vezzetti en su libro *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*, en este caso. “Sobre esta constelación ideológica y política impactaba la dictadura de 1966; para algunos venía a confirmar inmediatamente que no había otro camino que las armas” (Vezzetti, 2009, p. 62). Más impacientes que los que organizaron el Cordobazo en 1969, buscaron la lucha armada como única vía para llegar a una sociedad más justa. Se consideraban parte de esa “guerra secreta” y de ese “ejército invisible” al que se refería Renzi como “héroes anónimos”. Aunque controvertido, Vezzetti considera que “con la impotencia [del ‘paradigma guevarista’] crece el intento desesperado de sustituir con las armas y el coraje, lo que no podían edificar en un terreno política domina-

do por Perón y el movimiento” (Vezzetti, 2009, p. 66). Sea como fuere, lo cierto es que Renzi establece un vínculo entre Munk y personas de carne y hueso que abandonaron sus vidas para ser otros, para tratar de encarnar un ideal por medio de la violencia.

A ese caso se suman otros que figuran en *El camino de Ida*, como el de la “mayor operación de la guerrilla urbana en la Argentina”, según el narrador/protagonista, “el ataque a un arsenal del ejército de Monte Chingolo” que “estuvo dirigida por un infiltrado de los servicios de inteligencia a quienes sus amigos llamaban el Oso...” (Piglia, 2013, p. 120). En este contexto verídico desde el punto de vista histórico, el ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo) —luego liquidado por los militares— efectivamente monta un ataque al Batallón de Arsenales el 23 de diciembre de 1975. Es decir, este ataque se da antes del inicio de la guerra sucia. Los diarios oficiales decían que cien militantes del ERP habían muerto. Posteriormente se descubrió que muchos de ellos habían sido detenidos y luego desaparecidos (Tagliaferro, 1999). Con este ejemplo, Piglia pareciera querer mostrar la futilidad de estos esfuerzos armados en tiempos de una democracia nominal —el Gobierno de Isabel Martínez Perón— no solo por la presencia real de Jesús “El Oso” Ranier, confidente del SIE (Servicio de Inteligencia del Ejército), sino también por el proyecto en sí. De ahí que se refiera a los tiempos en la Argentina en que el terror obligaba al ciudadano a ser sumamente cauteloso y que concluya que no “sirvió de nada” (Piglia, 2013, p. 120). Así también se podría decir, para volver al caso de Munk, que, a pesar de veinte años de prófugo, este no logró lo quería y acabó siendo encarcelado.

De igual manera se nos cuenta la historia del amigo Nacho, que había sido compañero en la facultad y activista de la ARI (Agrupación Reformista Independiente) y que había matado a un policía. Había ayudado a crear el FAL (Frente Argentino de Liberación), “uno de los primeros grupos armados” (Piglia 2013, p. 137). “No volví a verlo”, cierra Renzi, “pero supe que los militares lo habían secuestrado y asesinado quince años después”, es decir, entre 1978 y 1979 y durante la guerra sucia (Piglia, 2013, p. 137). Este incidente recalca la futilidad de esos ideales, tal vez porque nunca se alcanzaron, pero más factible es el hecho de que, para Renzi/Piglia, Nacho forma parte del pasado, de un pasado con cierto heroísmo, pero con una buena dosis de errores.

De ahí que insista en la importancia de la nostalgia como impulso central en esta novela. “Junto a la tensión entre memoria y olvido, tenemos que empezar a poner algo que llamo nostalgia”, apunta Piglia en una entrevista, “porque me gusta mucho Fitzgerald y esa idea de qué bien que estuvo aquello en aquel momento. Lo llamo nostalgia porque es una palabra que no tiene prestigio. Ver el pasado como algo que tuvo cuestiones valiosas” (Frieria, 2013). Recobrar el pasado, enfrascarlo, pero sin pasar por alto los errores cometidos ni alternativas políticas que se presentaban. Por ello dice que está “muy enojado con la mirada moralizada que se hace de las experiencias de mili-

tancia. Eran decisiones que no se tomaban por comodidad ni ventaja personal, aunque estuvieran llenas de errores políticos” (Frieria, 2013). Aunque él personalmente no haya estado vinculado con la lucha armada, no quiere decir que esté dispuesto a negar la experiencia global de los años 60 y 70, porque la opción por la violencia formó parte íntegra de aquel entonces.

Otra óptica con respecto de las alternativas políticas que se ensayaban en el siglo XX (y en esta novela) es el pacifismo, ligado al personaje Nina Andropova. Son las conversaciones con ella las que despiertan en Renzi “los viejos tiempos, las reuniones donde se hablaba de política en cuartos llenos de humo, las muchachas ardientes que militaban en los barrios obreros y planeaban revoluciones que iban a purificar el mundo...” (Piglia, 2013, p. 100). En resumidas cuentas, en un momento en que Renzi está tratando de sobrellevar la muerte de Ida y se siente lejos de la Argentina, las conversaciones que entabla con Nina funcionan como vasos comunicantes entre las vivencias en la Argentina y los Estados Unidos. Nina, rusa que se exilió de la Unión Soviética, vivió en Francia en la época posterior a la liberación y se hartó de las defensas del estalinismo por parte de Sartre y Aragon. Instalada hacía años en los Estados Unidos, seguía “pensando que el zar y su corte habían sido los responsables de las catástrofes de Rusia y que la revolución había sido un fuego que destruyó primero a sus héroes y luego aterrizó a todo el pueblo” y sin embargo no abandonaba la posibilidad del cambio revolucionario (Piglia, 2013, p. 101). De esa manera, su postura parece bastante a la del Issac Deutscher que escribió *La revolución inacabada: Rusia 1917-1967*⁴. No obstante, Nina, estudiosa de la obra de Tolstói, junto con una de las estudiantes de Renzi (Rachel), plantean una vertiente muy distinta: la del pacifismo. Rachel, por ejemplo, afirma que “los grandes profetas—bastaba pensar en Tolstói—elegían una vida de pobreza, de ascetismo y de no violencia. Invertían el régimen de signos de la sociedad...” (Piglia, 2013, p. 71). Después de remarcar los “tiempos gloriosos y grandes tragedias, discursos encendidos y represiones multitudinarias llevadas adelante por nuestros héroes revolucionarios”, concluye de manera tolstoiana: “Oh, sí, todo se puede comprender menos la violencia revolucionaria...” (Piglia, 2013, p. 100). En otro momento de la novela, Renzi comenta que “Nina pensaba que la posición de Tolstói sobre la no violencia y la no resistencia al mal era una respuesta directa a la forma en que el terrorismo había empezado a imponer sus métodos en la lucha contra el zarismo” (Piglia, 2013, p. 151). “Tolstói había intentado construir una alternativa frente a la violencia revolucionaria”, decía Nina, “y frente a la devastación capitalista. No resistir el mal” (Piglia, 2013, p. 164). Por medio de Nina se va trazando entonces otra opción poca explorada en la Argentina en los años 60 y 70 (pero sí, dicho sea de

4. Traducción mía de *The Unfinished Revolution: Rusia 1917-1967* (Oxford: Oxford University Press, 1969).

paso, en los Estados Unidos). Al escribir la novela, el propio Piglia se dio cuenta de que

Tolstoi fue el único que enfrentó lo que podríamos llamar la violencia revolucionaria, en el sentido que fue el primero que dijo que no tiene que haber violencia, no tenemos que enfrentar al enemigo. No es que yo esté de acuerdo con eso, pero digo fue el único que construyó una vida coherente con eso, porque se convirtió en campesino, renunció a su propiedad (Kohan, M., 2013).

Sobre la base de estos comentarios y de las ideas expuestas por Nina, Piglia quiere dar cuenta del abanico de posibilidades del accionar político tanto en los Estados Unidos como en la Argentina, y su objetivo literario es tratar de captarlas por medio de la nostalgia.

Si a Piglia lo tientan estas alternativas y quiere reconocer los errores cometidos por la guerrilla, por ejemplo, quizá no esté dispuesto a tomar una postura determinada al respecto. No parece estar inclinado a aceptar el análisis de Pilar Calveiro, Hugo Vezzetti o Pablo Ponza con respecto a la violencia. Para estos estudiosos, la guerrilla comete el trágico error, debido a su impaciencia después de la Revolución cubana, de abandonar el proceso democrático y su vínculo con las masas para entonces optar por la lucha armada y el foquismo. A pesar del golpe de Estado en 1966, Calveiro, Vezzetti y Ponza sostienen que, como dice este último, la izquierda revolucionaria mostraba “el tradicional desprecio o mirada instrumental [...] [hacia] la democracia” (Ponza, 2015, p. 8). Aunque comparta ciertas posturas con estos académicos de la izquierda, como se indicó ya, a Piglia lo enoja la denuncia de la experiencia guerrillera. Pero tampoco está dispuesto a montar una defensa a ultranza de la guerrilla como lo ha hecho, por ejemplo, Néstor Kohan. Toma muy en cuenta los errores cometidos por la izquierda revolucionaria y considera significativo el pacifismo como posible respuesta política. Como tal, la postura que articula Piglia en *El camino de Ida* con respecto de la violencia revolucionaria pareciera acercarse bastante a la de John Beverley, quien anota que muchos de “los proyectos de lucha armada fueron mal organizados y abocados al fracaso” pero eso en sí no los descalifica a su entender (Beverley, 2011, p. 102). Aclara, sin lugar dudas, que, al no querer ver la lucha armada como una equivocación (según el “guerrillero arrepentido”), no quiere tampoco restarle importancia a la “persistencia del voluntarismo, el autoritarismo, su machismo sublimado y aun el racismo de la izquierda revolucionaria...” (Beverley, 2011, p. 107). Tampoco desea minimizar el alto costo humano —en ese sentido, coincide con el punto de vista de Ponza— que sufrió Latinoamérica por el terrorismo de Estado y la lucha armada (Beverley, 2011, p. 108). Y, finalmente, cree importante reconocer que no se exploró lo suficiente ni se le dio la razón al proceso democrático como manera de llegar al poder (salvo, claro está, en el caso de la Unidad Popular en Chile, [Beverley, 2011, p. 104]). Sin embargo, piensa

que, si no hubiera sido por estos proyectos parcialmente fallidos contra las dictaduras militares en varios países latinoamericanos, no se podría concebir la “marea rosada” en la actualidad (Beverley, 2011, pp. 98-99, 104). Al igual que Piglia, Beverly es un producto de la nueva izquierda y su objetivo es, este caso también, volver a analizar el accionar de la izquierda en los años 60 y 70⁵, de buscar respuestas y de pensar en las opciones que estaban al alcance de los militantes y de los pueblos. De ese modo, aparte de ser una estupenda novela desde el punto de vista literario, *El camino de Ida* ayuda a empezar a explorar esas posibilidades y ayuda a repensar el pasado para poder crear sociedades más justas en la actualidad y en el futuro.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arendt, H. (1970). *On Violence*. Nueva York: Houghton/Mifflin/Harcourt.
- Beverley, J. (2011). *Latinamericanism after 9/11*. Durham, NC: Duke University Press.
- Calveiro, P. (2005). *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.
- Chase, A. (2000, junio). Harvard and the Making of the Unabomber. *The Atlantic*. Recuperado el 11 de noviembre, 2016, de www.theatlantic.com/magazine/archive/2000/06/harvard-and-the-making-of-the-unabomber/378239.
- Conteris, H. & Gregory, S. (2015). En torno a Mario Benedetti: Stephen Gregory e Hiber Conteris. *A Contracorriente*, 12 (3), 440-450.
- Deutscher, I. (1969). *The Unfinished Revolution: Rusia 1917-1967*. Oxford: Oxford University Press.
- Eagleton, T. (2011). *On Evil*. New Haven, CT: Yale University Press.
- Friera, S. (2013, agosto 4). Ricardo Piglia habla de El camino de Ida, su nueva novela. “La literatura nos permite discutir cuestiones políticas”. *Página 12*. Recuperado el 2 de octubre, 2016, de <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/espectaculos/4-29449-2013-08-04.html>
- Kohan, M. (2013, agosto 13). Ricardo Piglia: “Veía esta novela ligada a la revolución”. *Revista Ñ*. Recuperado el 2 de octubre, 2016, de https://www.clarin.com/literatura/ricardo-piglia-martin-kohan-entrevista-revolucion_0_r1smpLriP7g.html
- Kohan, N. (2000). *De Ingenieros al Che. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano*. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Perfil de un revolucionario. Angel Bengochea a nueve años de su muerte (1973, agosto 2). *Militancia peronista para la liberación*, (8). Recuperado el 2 de octubre, 2016, de <http://www.cedema.org/ver.php?id=1503>

5. Hiber Conteris defiende una postura similar en “En torno a Mario Benedetti: Stephen Gregory e Hiber Conteris”.

- Piglia, R. (2013). *El camino de Ida*. Barcelona: Anagrama.
- Ponza, P. (2015). Intelectuales, política y cultura en los sesenta-setenta: Apuntes sobre la noción de campo y una polémica sin horizontes. *A Contracorriente*, 13, (1), 288-303.
- Tagliaferro, E. (1999, diciembre 24). Los prisioneros del ataque a Monte Chingolo. A 24 años del intento de copamiento del ERP se revela que hubo sobrevivientes. *Página 12*. Recuperado el 2 de octubre, 2016, de <https://www.pagina12.com.ar/1999/99-12/99-12-26/pag13.htm>
- Terán, O. (2013). *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Tur, F. (1999). Jáuregui treinta años después. *Página12*. Recuperado el 2 de octubre, 2016, de <https://www.pagina12.com.ar/1999/99-07/99-07-02/contrata.htm>
- Vezzetti, H. (2009). *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.